

plo, pinta unas mazorcas, aunque eso no sea paisaje. A esa paisanía —de las mazorcas o de las aves de corral— es a la que alude Carpe, con una visión próxima —físicamente próxima— de la realidad que pinta. Pero lo nuevo en él ahora, me parece, es que se ha permitido alejar al objeto de su paisanía o de su paisajería. Ahora ve desde algo más lejos, con más amplitud que paisaje.

Y no por eso transige con ningún tipo de pequeño legado impresionista que le permitiese ver las cosas con manchas de color, no. El sigue atado a sus definiciones pictóricas, atendiendo a las masas, a los volúmenes y, sobre todo, a las lineaciones, casi como un primitivo que pintara paisaje.

"Casi como un primitivo pintor de paisaje". Tal vez ahí se podría encontrar, si no hubiera otras razones, la justificación a la definición de Viñó, que yo acepto: "Ingenuismo racionalizado".

Vamos a ver qué es lo que da de sí la pintura de Antonio Hernández Carpe en los próximos años. ■ JOSE M.º MORENO GALVAN.

TEATRO

Radiografía de la dictadura

A las representaciones previstas, la dirección del Festival de Sitges tuvo que agregar, tal fue la asistencia y la presión del público, cuantas resultaron materialmente posibles. Quizá de no mediar el compromiso del Saló Diana, de Barcelona, donde también se ha presentado el espectáculo, la versión de Rajatabla de "El señor Presidente", de Miguel Angel Asturias, hubiera conocido el destino singular de cubrir, paralelamente a la programación preestablecida, toda la Semana de Sitges.

Claro que el montaje está hecho para una sala pequeña, con

sesenta o setenta espectadores colocados alrededor y al mismo nivel del espacio propiamente escénico. Decisión que no responde en este caso a ningún experimentalismo gratuito, sino a la doble exigencia de ajustarse a la sala caraqueña del grupo y a la estructura de la adaptación de la novela.

Conocida es la significación, tanto literaria como política, del gran relato de Miguel Angel Asturias; si en el orden literario constituye uno de los textos fundamentales de la llamada Generación Latinoamericana del 20 —Neruda, Vallejo, Carpentier, Petri...—, en el orden político se trata de uno de los más grandes testimonios —en esa línea que desemboca, por ahora, en "El otoño del patriarca", de García Márquez— sobre la dictadura latinoamericana.

Uno de los factores que hacen de "El señor Presidente" un texto apasionante es su fidelidad a una atmósfera concreta —la vida política de Guatemala, cuyo período democrático fue pronto segado por la intervención norteamericana, provocando la diáspora de una serie de escritores,

entre los que figuraba el mismo Miguel Angel Asturias— y la capacidad para hacer de su transposición artística la imagen generalizada de todas las dictaduras. Es decir, el enraizamiento de la narración de una historia localizable y su penetración en las relaciones internas, extranecdóticas, de no importa qué sociedad gobernada por la tiranía y el miedo. Unas relaciones que añaden al elemento surreal, imprecisable, propio de la existencia, esa penumbra sórdida en que se sumergen las comunidades temerosas.

Pero todavía hay otro extremo que hace de "El señor Presidente" una novela —en esta ocasión una obra dramática— de impresionante y dolorosa vigencia universal, y, si se quiere, específicamente española: la supervivencia de la "mentalidad dictatorial" cuando, institucionalmente, la dictadura ha terminado. El mismo Miguel Angel Asturias lo explicó así en una entrevista: "La dictadura es el daño más grande que puede tener un pueblo. Nadie puede medir todo el perjuicio que causa en los países. A uno se le ocurre

en casa

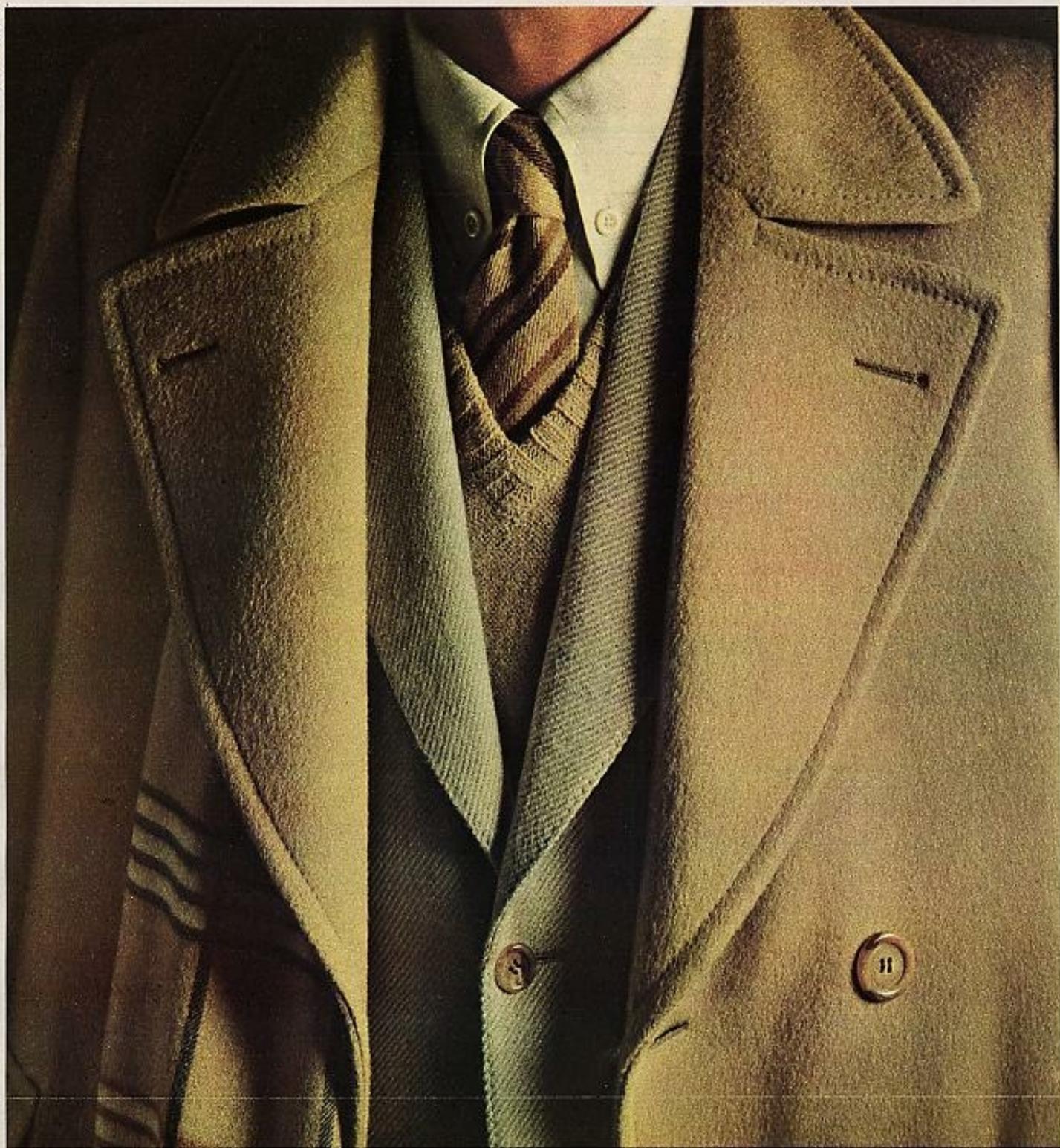
Igual que si estuviera en las viejas y tradicionales bodegas, Campo Viejo puede continuar ahora su proceso de envejecimiento en perfectas condiciones, y en su propia casa.

El nuevo embalaje de Campo Viejo, permite transportar perfectamente protegido su vino, y se convierte en la continuidad de su bodega.

En él, las botellas tumbadas en posición de crianza, hacen que el corcho impregnado del propio vino, cumpla celosamente su misión de protección absoluta. Sólo así, es posible asegurar que un vino selecto como Campo Viejo, pueda seguir haciéndose mejor hasta que usted decida descorchar la botella.



Campo Viejo El Rioja "en bandeja"



Esta fotografía dice mucho en su favor...

Hoy, ya no existen ocasiones especiales. Cada hombre refleja en la forma de vestir, su personalidad, muy por encima de las circunstancias que señalan cada ocasión. De la intimidad a la vida profesional, pasando por el tiempo libre y la actividad social. Este es el estilo que Ermenegildo Zegna propone para que todas las prendas coordinen entre sí y al mismo tiempo con su forma de ser.

Para que —quien nos conoce bien— cuando elija, tenga una ocasión más de ejercitar su personalidad.

¿Una simple casualidad? ¿O es que Ermenegildo Zegna sabe que cada hombre es diferente a los demás?

GRITTI
Ermenegildo
Zegna

Ermenegildo Zegna. La nostra qualità è proverbiale.

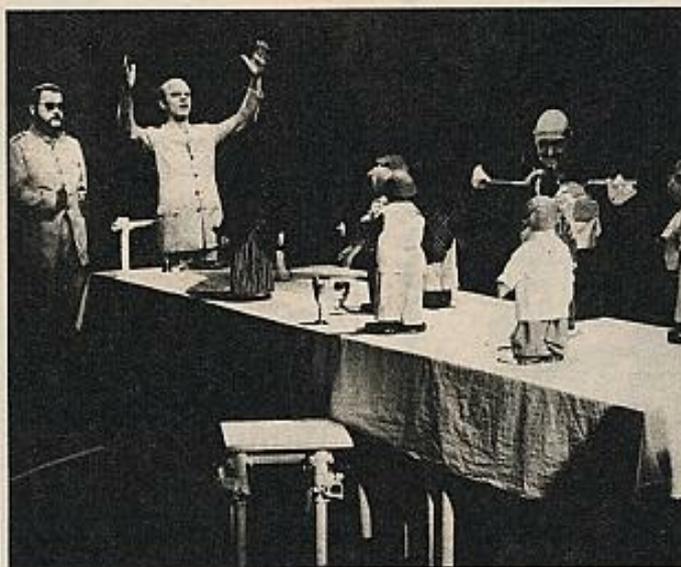
que, pasado el tiempo del dictador, viene la nueva época y todo va a limpiarse; pero desgraciadamente no es así. Pasan años y años, y el dictador sigue presente y sus sistemas no se transforman. ¿Por qué? Porque la dictadura pervierte a la sociedad hasta los huesos".

Es decir, que el análisis de la dictadura no es algo que pueda limitarse a períodos con su fecha de comienzo y su fecha de final. En "El señor Presidente" lo que intenta Miguel Angel Asturias es, precisamente, describir ese oscuro proceso de degradación, que llega a establecer la relación entre cada individuo y la imagen, invisible, lejana y psíquicamente viva en el interior de cada hombre, del dictador, del Señor Presidente, del Dios Jefe, del Caudillo o del Espíritu Vigilante. Presencia amada u odiada —que eso puede llegar a ser irrelevante—, pero condicionante de un modo "totalitario" de pensar el mundo.

La adaptación nos sitúa junto a la mesa del señor Presidente. Desde allí convoca a los personajes sobre los que ejerce su tenebroso dominio. Policías, confidentes y amigos tienen mucho de criados, confundidos como están los órdenes público y privado. Las torturas y los crímenes son la emanación de un dirigismo personal, que gobierna con la misma campanilla que sirve para llamar al servicio. La insolidaridad con las víctimas, el miedo que empuja a cada cual a salvarse como pueda, la devoción servil al tirano, la magnificación de la lealtad al jefe —sostenido a su vez por el "gran país del Norte"—, la normalización de la violencia legal, constituyen las bases del mecanismo social engendrado por la dictadura. La narración, el drama ahora, no hace sino apelar a la presencia de una serie de personas, o quizá de fantasmas de personas muertas, para hacernos sentir toda esa desesperación y esa miseria.

Un maquillaje expresionista, unas luces intensamente blancas, una dicción y un gesto alejados de todo naturalismo, una equilibrada sucesión de imágenes violentas, unos actores tensos, deshumanizados o patéticos según los casos, un ritmo preciso, un estudio minucioso del espacio escénico, se articulan perfectamente para anonadar y hacer pensar a los espectadores invitados a ese tético banquete.

A Rajatabla le vimos en Madrid, hace dos o tres años, en el TEI, "Magnus y sus hijos". Aquél era un buen trabajo. Pero éste, dirigido también por Carlos Giménez, es excelente. Un traba-



"El señor Presidente", de Miguel Angel Asturias, en la versión de Rajatabla.

jo que si dispusiéramos de un aparato teatral estatal coherente lo hubiéramos retenido en España por algún tiempo. ■ JOSE MONLEON.

A Barraca: Noticia del teatro portugués

El 25 de abril fue una fecha singularmente celebrada en Portugal por un sector teatral. Allí, como aquí, la dictadura había amordazado a numerosos autores —a los que, en diversas ocasiones, dejó publicar lo que no les permitía representar— y grupos, produciendo las consiguientes tensiones y una serie de espectáculos "en clave", exactamente igual que sucedía en España. Caetano administró —adelantándose al proceso que luego viviríamos nosotros— ciertas dosis de "apertura", hasta que, súbitamente, el 25 de abril rompió las esclusas. Portugal conoció entonces un entusiasmo que aquí nunca hemos vivido, quizá para nuestro bien, porque aquellos días de júbilo han sido luego duramente rectificadas por la realidad. Numerosas compañías profesionales montaron obras de autores antes prohibidos; se multiplicaron los grupos de teatro independiente; apareció la revista política y al teatro se le dio un puesto de honor en las "campanas de dinamización cultural", esforzadas en llevar hasta el último rincón

del país la buena nueva revolucionaria.

Como era lógico, de las asambleas y congresos salió una comisión, y de ésta el borrador de la ley que debía ordenar el teatro portugués en función de su interés público...

Ahora, a Sitges, para clausurar el Festival, ha venido un grupo, A Barraca —cuyo nombre es un homenaje a las ideas y objetivos del teatro que fundó y dirigió García Lorca—, y un gran crítico portugués, Carlos Porto. En una de las Mesas, organizadas en el marco del Festival, nos explicó que las cosas están sensiblemente peor que hace algún tiempo. El borrador de ley, elaborado con tanto trabajo, tanto entusiasmo y tanta esperanza, es probable que nunca sea otra cosa. Las "campanas de dinamización cultural" han sido abandonadas y grupos de tanto mérito como A Barraca, de probada vocación itinerante —llevar el teatro a donde nunca ha solido ir—, no sólo no ven favorecida su tarea, sino que se encuentran en la lista de los que, quizá para castigar su línea crítica, no reciben subvención estatal alguna. Carlos Porto resumía: "Habiendo sido el teatro una de las manifestaciones más firmes de la etapa que siguió al 25 de abril, ni siquiera figura en el programa de la Semana Cultural Portuguesa que se celebrará en Madrid con ocasión de la visita oficial de Soares". Si la alternativa está entre A Barraca —o La Comuna— y "Ensêname tu... piscina", últimas expresiones del teatro portugués vistas en España, se en-

tiende muy bien, por razones opuestas, que así sea: si en una vertiente hay "demasiado" espíritu crítico, en la otra no lo hay en absoluto.

Presentó A Barraca dos espectáculos. Uno, dirigido por Augusto Boal, según un texto del propio Boal y de Gianfrancesco Guarnieri, titulado "A Barraca conta Tiradentes" —La Barraca cuenta Tiradentes—, dedicado a la figura del revolucionario brasileño. Los ocho actores de A Barraca, auxiliados por dos músicos, cuentan la historia de la conspiración encabezada por Tiradentes y varias personalidades brasileñas contra la entonces metrópoli portuguesa. La conspiración es finalmente abortada y aunque inicialmente todos sus jefes son condenados a muerte, sólo Tiradentes es ejecutado. La obra —que mezcla lo documental a lo irónicamente imaginado, el diálogo coloquial a la canción y a la forma más desenfadada— es, en definitiva, una reflexión sobre la diversidad de los intereses refugiados bajo palabras como revolución o libertad. Si Tiradentes es el único ejecutado se debe a que es el único que ve en la lucha contra Portugal, en la independencia del Brasil, una transformación que debe primordialmente beneficiar a las masas populares del país. ¿De cuántas otras revoluciones que en el mundo han sido podrían sacarse conclusiones análogas! Lo que entraña que "A Barraca conta Tiradentes" no es una historia intransferiblemente brasileña, sino un ejemplo más, que quizá cuente no sólo en las conspiraciones perdidas, como fue el caso de la de Tiradentes, sino en las revoluciones aparentemente vencedoras. En todo caso, Boal nos propone algo muy concreto: oponer a la "mistificación" de los héroes la defensa de aquellas razones por las que conquistaron su estimulante condición de mitos; tratándose de Tiradentes, de mitos populares de la revolución.

"Historia de Fidalgotes e Alcoviteiras, Patores e judeus, maeantes e outros tratantes, sem esquecer suas mulheres e amantes", es un "collage" de textos de Gil Vicente y Ruzzante. A la gracia de las situaciones y de los tipos, espléndidamente encarnados por los comediantes de A Barraca —cuya vitalidad y alegría alimenta una excelente técnica—, se une el sentido crítico de un montaje de textos, hecho por Helder Costa —que es también el